

# MILAGRO EN LOURDES

*El Dr. Alexis Carrel relata en su obra "Le Voyage de Lourdes", en sencilla forma y ocultando apenas su personalidad bajo el pseudónimo de Lerrac (Carrel, al revés), el viaje hecho por él, acompañando una peregrinación de enfermos a aquel santuario de la Virgen, viaje que abre el período de su conversión. Un milagro le hace ver la luz, aunque el proceso posterior será lento pero completo. Para nuestros lectores extractamos este hecho, rindiendo así tributo a la festividad de la Virgen de Lourdes, que celebramos en este mes.*

*La enferma que en la obra aparece como Marie-Ferrand, se llamaba en realidad Marie Bally y su curación dió pie a un importante trabajo científico del Dr. Carrel.*

\* \* \*

El tren de la peregrinación tenía ciertos visos de un tren en viaje de placer sin las risas y los dichos picantes. Lerrac ocupaba un departamento con dos sacerdotes y una señora.

La luna brillaba en el cielo claro cuando Lerrac oyó que le decían: "Doctor, doctor, venga aprisa... No sabemos qué hacer".

Siguió a la enfermera que le llamaba hasta el compartimento de la enferma. Era una joven que se retorció entre atroces dolores; las personas que la acompañaban aparecían aterradas.

"Sufro dolores de muerte", dijo con débil voz. "Hace horas que estoy así. ¡Cúreme doctor!".

Dióle una inyección de morfina y cesó el dolor al instante. Acto seguido Lerrac observó cuidadosamente a la enferma. Las manos ágiles de la enfermera retiraron la ropa. Apareció el vientre hinchado de Marie Ferrand; la piel lucía tensa hasta el comienzo de las costillas que se marcaban bajo la piel; el abdomen parecía distendido por materias sólidas y una bolsa de líquido ocupaba gran parte de él. Era el aspecto típico de la peritonitis tuberculosa. La temperatura era superior a la normal, las piernas estaban hinchadas, el corazón latía con celeridad y también la respiración era algo rápida.

La Hermana que la había conducido al tren había ya contado a Lerrac cómo Marie Ferrand estuvo enferma toda su vida. A los 17 años tosía y vomitaba sangre; a los 18 tuvo una pleuresía y se le habían extraído dos litros y medio de líquido. Continuó enferma aunque no de tanta gravedad. Cuando ingresó en el hospital de N su vientre comenzó a hincharse, tuvo fiebre y el médico diagnosticó que se trataba de peritonitis tuberculosa. Se la quiso operar pero el cirujano vió que su estado general era excesivamente grave y no quiso intervenirla. Se dijo a su familia que estaba perdida y fué, cediendo a la

intensidad de sus ruegos, por lo que se la mandaba a Lourdes.

\* \* \*

La peregrinación había llegado a su punto de destino...

Lerrac, saliendo de la sala de la Inmaculada Concepción, donde se hallaban los enfermos más graves, dijo a dos de sus colegas: "Venid conmigo a acompañar a Marie Ferrand a la piscina, va a intentarse el imposible prodigio de resucitar a un muerto".

Sin embargo, llevada ante la piscina, no pudo hacérsele sino unas lociones al vientre y se había optado por llevarla a la gruta de Massabielle. Allí fué Lerrac que, ante la presión del ambiente, sentía una impresión profunda que le oprimía la garganta y le crispaba los nervios. Sin saber por qué sentía deseos de llorar. Buscó ansiosamente entre los enfermos colocados al pie de la gruta de la Virgen hasta dar con el rostro pálido, cadavérico de Marie Ferrand.

Le pareció que el aspecto, el color de la cara de su enferma, había sufrido modificación. Desechó la idea como producto de alucinación y acercándose a la enferma le tomó el pulso. "La respiración es más lenta", se dijo. Le parecía, sí, observar una mejoría general ya evidente. Tenía la sensación de que algo iba a ocurrir.

Cantos e invocaciones subían al cielo. Marie Ferrand miraba a la gruta con ojos extasiados.

Súbitamente Lerrac palideció. Veía, hacia la cintura, deprimirse la sábana poco a poco. Estupefacto llamó la atención de M.

Las tres acababan de tocar en la basílica. A los pocos momentos la tumefacción del vientre parecía haber desaparecido del todo.

"Creo que voy a volverme loco", pensaba Lerrac. Observó de nuevo la respiración. El corazón latía con regularidad.

Algo sucedía.

"¿Cómo se encuentra?" preguntó a la enferma.

"Estoy muy bien, no muy fuerte, pero siento que estoy curada" respondió con seguridad Marie Ferrand.

No había duda, su estado mejoraba a ojos vista.

En una turbación profunda y total, incapaz de reflexionar, Lerrac no hablaba ni pensaba. ¡Este acontecimiento inesperado era tan contrario a todas sus previsiones que creía soñar! Atravesando las hileras apretadas de los peregrinos salió de aquel lugar.

¡Era lo imposible, lo inesperado, era el milagro que acababa de producirse!

Al anocheecer fué a la sala a constatar hechos que perturbaban su mente y confundían su razón.

La joven, en blanca camisa, estaba sentada sobre la cama. Los ojos brillaban en su rostro todavía y descarnado, pero móvil y viviente, un tinte rosado en las mejillas.

"Doctor, estoy totalmente curada" dijo Lerrac. Este tomó el pulso; la respiración era mal.

"¿Será, se decía Lerrac, una curación rente? ¿O han desaparecido realmente las enfermedades?".

Antes de examinar el cuerpo de Marie Ferrand que había de resolverle este problema Lerrac tuvo un instante de duda y titubeo.

Tembloroso, de deseo y temor al mismo tiempo, levantó el cubrecama y observó. La piel recía blanca y lisa. Todo era de nuevo no. La curación era completa.

"Esta joven está curada", se decía Lerrac. Es indudable. Jamás he visto algo tan interesante. ¡Qué impresión tan fuerte y deliciosa de espectáculo, único, de la vida que rápida entra de nuevo en un organismo casi destruido por largos años de enfermedad! Por encima de toda discusión se levanta un hecho positivo: curación de una joven gravemente enferma.

"Es la realización de lo imposible. Si verdaderamente es un milagro hay que admitir una causa sobrenatural".

Mientras Lerrac estaba absorto en sus pensamientos otros dos médicos habían observado también a la paciente. Terminado el examen, el doctor J. dijo profundamente conmovido:

"Está curada. Esta curación no puede darse por medios naturales".

"Es un gran milagro" añadió el doctor.

"Efectivamente, es un milagro", casi exclamó Lerrac.

Después permaneció silencioso en una profunda conmoción espiritual.

Pero ¿qué importaban entonces las causas de las discusiones, ante la felicidad de esta curación que llevaba una vida lamentable y que vivía de nuevo, iba a poder amar, ver e respirar el aire puro a pulmón lleno. ¡Este era el milagro, el acontecimiento feliz!

"¿Qué va a hacer ahora que está curada, con la posibilidad de su milagro y de su curación?".

"Iré con las religiosas de San Vicente de Paul; seré recibida por ellas y dedicaré mi vida al cuidado de los enfermos".

Para que no vieran su emoción, Lerrac precipitadamente de la habitación.

(Transcripción de J. VER)

## Recuerda Católico

que en estos días de **CARNAVAL** tu obligación es postrarte ante **JESUS SACRAMENTADO** que esperará en el Templo tu visita para ofrecerte en Desagravios por las ofensas que a Dios se hacen